

El Sacerdote y la Persona Humana

...in lumine noctis.

Somos de raza de guerreros, y de un modo especial nuestra vida es milicia sobre la tierra. Por vocación tenemos que estar siempre en vanguardia en esta lucha del espíritu con su negación. Esta es nuestra historia gloriosa y también nuestra vía de dolor. Por nuestra fidelidad a ella todas las congostas volarán sobre nosotros, y los cuervos graznarán a nuestro paso. Tendremos con frecuencia las manos manchadas con sangre... propia; porque el ser Capitán en estas batallas de Dios contra las fuerzas negras no se consigue sino con derramamiento de sangre que limpie y ennoblezca. Contra los infinitos egoísmos de nuestros hombres, contra sus locas imaginaciones que infla la soberbia, contra ese fondo oscuro de bestia que a todos nos rezonga dentro, contra todo lo que no es claro, es nuestra lucha.

Esta historia nuestra guerrera, hoy se ha de concretar en algo fundamental y totalitario. Lo que hoy pelagra que sea atrapado por el gran ladrón no es nada menos que el hontanar mismo de todas nuestras miserias y sobre todo de todas nuestras cuasidivinas posibilidades. (Tenemos que volver a repetir machaconamente esta frase: somos personas; porque sólo esta verdad terriblemente ingenua podrá reorganizar lo que está a punto de convertirse en montón de escombros.)

Somos hombres. Y somos sacerdotes. Y como tales tenemos que abanderar esta nueva cruzada por la conquista de "los lugares santos". Capitanes de la Humanidad y de la humanidad. Lo que necesita urgentemente hoy nuestra entrega para su salvación es la **humanidad cristiana**; hoy los que quiebran son los valores fundamentales de nuestro ser.

EL MIEDO DEL HOMBRE MODERNO

Si con el Renacimiento nos llegó un optimismo bastante loco —por pagano— en las fuerzas del hombre, hoy es la duda, la angustia, lo que oprime nuestras miradas y nuestros corazones.

Desde el Renacimiento hay una desviación envenenada en los ideales humanos que ha ido penetrando desde la periferia hasta los últimos recursos de las propias individualidades: la euforia de la vida de tejas abajo. El hombre terrestre se despertó gozosamente, se libertó de la tutela en que había estado por muchos siglos, y se apresuró a publicar su liberación algo así como el descubrimiento paralelo de un nuevo mundo.

De mano de los poetas paganos —y él mismo sintiéndose más fáunico que otra cosa— afirmó su fe, tambaleante, en la divinidad, en la posesión panaceánica del propio yo. Todavía no negaba a Dios a quien sentía demasiado cerca como para desconocerlo. Pero la libertad concedida también al espíritu dionisiaco que parecía absorber los secretos de la naturaleza con la entrega diaria de las ciencias naturales y matemáticas, fué aminorando sensiblemente el recurso a lo espiritual para dominar un mundo que se convertía, por obra y gracia de la iniciación psicológica, de problema en solución, pero también de escalera en mansión confortable.

Esta reafirmación natural del hombre, que no hubiera tenido consecuencias mayores y aun podía haber traído grandes ventajas inmediatas para los nuevos tiempos en que el mundo se redondeaba y se convertía todo en habitación humana, se envenenó casi totalmente cuando un fraile rompió la unidad religiosa que traería pronto como terrible consecuencia la rotura de la religiosidad misma. El Renacimiento antes de Lutero sólo tenía el defecto de creer demasiado en el hombre —error tan viejo como el hombre mismo—, pero seguía creyendo en Dios. Y así, atontado por los nuevos mundos de belleza y de ciencia, se entretenía con ellos como un chiquillo goza con sus juguetes, inconsciente de la explosividad anímica de aquellas recientes conquistas. Era la euforia de la vida para quien la naturaleza parecía que no iba a guardar ningún secreto.

Esta posición tenía compostura. Pero desde el Norte vino la malicia del entendimiento, quien primero pecó contra la Iglesia que había sido durante tantos siglos su madre cuidadora. ¿Qué va a hacer el hombre si abandona el fuego del hogar? En pocos siglos la descomposición del hombre fué una carrera de superación.

Aquel proceso lento pero seguro que la Iglesia venía dirigiendo desde los tiempos del imperio romano, levantando la dignidad humana —la de todos—, no sólo al conseguirles que alcanzaran su destino final con la seguridad de la palabra de Dios, pero aun proporcionándoles una seguridad social fundada en el espíritu y no en la fuerza, un desenvolvimiento universal de las posibilidades humanas amparado por el derecho que reconoce a Dios como supremo legislador y que reprimiendo el grito del animal establece entre los hombres toda la verdadera fraternidad, esa conquista progresiva del hombre en lo que tiene de mejor como mero hombre, se desquició visiblemente cuando, la independencia religiosa primero, y después la arreligiosidad como su consecuencia natural, apartaron del influjo materno-eclesiástico a verdaderas multitudes de hombres.

Perdida la fe en la Iglesia, pronto la fe de Dios recibió el ataque de la razón humana ensobrecida, y Dios se oscureció; luego fué negado, y por fin —que es lo peor—, se prescindió de él. Pero al marcharse Dios de tantas conciencias individuales también lo hizo, naturalmente, de la conciencia social. Y ya esas multitudes se sienten como expósitos; de su corazón huyó el dulce calor del hogar paterno, que aunque ahora en enigma y en recuerdo, pero era suficiente para hallar significación a esta vida, que sin él es un sinsentido trágico.

Se levantó la desconfianza de hombre a hombre (la fraternidad cristiana es una palabra vacía, un mito de la historia, una añoranza a lo más). La fuerza bruta recuperó rápidamente lo que siglos de paciente labor le había sustraído. Y la angustia hizo de nuevo su nido en los corazones.

Ya no duda el hombre moderno de tal institución política, de tal eficacia de sistema. Este tal hombre que somos duda de la política, duda de todos los sistemas, duda de todo, porque su gran angustia es la duda de sí mismo. Se ha convertido en número, en masa de números, en unidades que la fuerza bruta pisotea para abrir su camino. Lo social es hoy anti-humano. Esta es la pesadilla de los hombres modernos, pues ven cómo lo individual se les desvanece sin un punto de apoyo que solidifique y armonice en una dirección humana tantos tropezones y afanes de la vida misma. Ya ni sabe el hombre moderno que en alguna parte tiene un hogar. El está solo frente a su angustia y... frente a su sacerdote. Porque si alguna vez ha sido necesario el sacerdote, en su doble función individual y social, es ahora.

SERENIDAD SACERDOTAL

Contra la zozobra, su serenidad. Contra la división, su unidad. Contra la negación, su afirmación de hijos de Dios. El quehacer actual del sacerdote es muy parecido al de los primeros tiempos de la Iglesia. (De hecho la verdadera vida cristiana es siempre primitiva, exacta en lo sustancial a la de Pentecostés.)

Como entonces, tiene que predicar ahora la **buena nueva** para cada alma. **Anuntio vobis gaudium magnum;** os anuncio un gran gozo. Los corazones le mirarán extrañados, pero le mirarán; están ya hartos de oír que se les promete la felicidad y luego se ven solos en la estacada; pero las palabras del sacerdote les harán volver la cabeza. **Quia hodie vobis salvator natus est.** Porque hoy ha nacido para vosotros un salvador. ¡Un salvador! Otro de tantos, dirán; ya no nos fiamos de los salvadores; nos contentamos con menos, con no encontrar en nuestros pocos días quien nos moleste demasiado; preferimos que nos dejen en paz y que no se nos considere como animales de caza; esto nos basta. Y sin embargo el sacerdote tiene la misión, el mandato de anunciar al Salvador.

Y empezará por exigir fe. Esto es decisivo, y a esto le atenderán. Pedirá fe y amor. Pedirá como primer paso necesario que crean en Jesucristo que los amó, para que después crean en sí mismos, para que después crean en su alma, en su corazón, en su razón, en su destino con los demás hombres en la hermandad de sangre —sangre de Cristo—, y por consiguiente en la unidad de quehacer, y en la plena satisfacción de un final en Dios sin angustias ni zozobras. Nuestra labor sacerdotal va dirigida hoy por hoy esencialmente al meollo de cada individuo inquieto.

Quizá en otros tiempos pudo el sacerdote cultivar las flores del rosal; hoy lo que peligra es el rosal mismo, que tiene el mal de la duda, de la no fe. Tenemos que llegar a donde nadie puede llegar; tenemos que llamar a la puerta que nadie puede abrir. Y que estos pobres hombres, horriblemente egoístas, endurecidos por una vida inmisericorde, que se han cerrado en su última concha, dispuestos a matar siempre como locos, o preparados para pasar su mísera existencia reclusos en una soledad impenetrable, oigan nuestras voces que les gritan: ¡Ah, del amigo, que ya es hora!, “cum essent ibi impleti sunt dies ut pareret...; et circa horam nominam Jesus voce magna clamans, emittit spiritum...; et valde mane veniunt ad monumentum, orto iam sole,... surrexit, non est hic...”

Equivalencia de nuestra misión sacerdotal era aquel restaurar todas las cosas en Cristo. Pues de ese "todo" lo que hoy pelagra es el fundamento: la misma persona humana. Como sacerdotes tenemos que llevar la confianza a lo íntimo de cada individuo al llevarle a Dios. Y es que sólo en Dios nuestra triste personalidad cobra sustancia y posesión. Cuando tenemos conciencia de lo que Dios es para nosotros, entonces sentimos dentro la seguridad de quien encontró la roca cimental.

Sobre ella podemos construirnos, desenvolvemos, arquitecturar nuestra vida con la solidez y la limpieza de líneas de quien es conocedor de su principio y de su fin. Como sacerdotes tenemos que llevar a Dios a ese proceso individual de abrimiento y floración en lo íntimo de cada individuo, para que las fuerzas brutas aprendan jerarquía, para que la progresión constante de todo ser individual sea de signo positivo, adaptándose, en parte, a la ley eterna de Dios.

LA VIDA NUEVA

Y esto es verdad, no sólo porque al administrar los sacramentos infundimos una vida nueva que hace nuevos hombres —los hombres de la gracia—, con toda la maravillosa realidad de la vida sobrenatural, que, de ordinario, por nuestras manos temblorosas transforma a los hombres en verdaderos hijos de Dios; esta es nuestra gran verdad.

Pero todavía en un plano más natural tenemos hoy un mensaje —un evangelio— de redención para los últimos pilares del hombre que amenazan descomponerse ante un ataque tan inhumano como jamás se ha visto.

El sacerdote por su vocación, por su oficio, por su sola presencia resuelve el problema interno del hombre moderno. Nuestro hombre de hoy está desjerarquizado en su interior. Esa es su enfermedad y el fin trágico a donde lo han traído los devaneos locos del renacimiento, envenenado después por el Protestantismo.

Negado y olvidado el cielo, la tierra se ha convertido automáticamente en morada permanente. Y al organizar según ese principio su casa, ha tropezado con que algo se le revuelve y lo entorpece; la violencia está sobre cada una de sus cosas, y está, sobre todo, sobre su corazón. Con esta conciencia terrenal no puede manipular las cosas. La naturaleza lo atrae como una diosa y lo desdeña miserablemente. Y unos abismos de recelos se abren de hombre a hombre; y el propio corazón siente gravitar la angustia por los cuatro costados de esta su nueva habitación.

Pero desde el momento en que se presenta el sacerdote, con él vienen Dios... y el pecado. Pone a Dios en su verdadero lugar, y la naturaleza obediente se jerarquiza en su conocimiento. Desenmascara al pecado —el hombre moderno no quiere reconocerse pecador de ninguna manera y mientras se empeña en no reconocerse pecador no tiene remedio —y todas las turbaciones de nuestro acongojado espíritu se ordenan en el conocimiento y en el amor. Podrá el hombre sentir las locas llamadas del pecado— ahora conocido como tal—, pero su angustia podrá apoyarse en la fuerza de Dios.

Es verdad que este mensaje no es exclusivo del sacerdote, en lo que tiene de natural, pero de hecho en nuestros tiempos, sólo ellos son capaces por sí o por los suyos, de anunciarlo. Es para los sacerdotes esto como una redundancia, por otra parte necesaria, de su vocación.

Cuidadores del orden sobrenatural por expreso mandato, tenemos que hacer redención primero de lo natural, para en ello infundir y cultivar lo sobrenatural.

Conocedores de la íntima reverencia con que Dios mira la persona humana que es cada individuo, nosotros los sacerdotes hemos de acercarnos a ellos con el respeto de lo sagrado. Porque sabemos lo que es en Dios la persona humana —esta nuestra pobre y agrietada y dolorida y angustiosa y divina imagen humana de la inteligencia y del amor de Dios—; porque sabemos eso, que hay sangre de Dios cerca de sus angustias, nuestros ojos son puros para mirarlas a todas, nuestras manos castas para tratarlas, nuestras palabras sinceras al hablarlas, nuestros entendimientos reconocen gozosos su dignidad a través de las insignias o de los harapos, y nuestros corazones tienen para todas ellas un amor parecido al amor de Dios: amor de salvación.

No venimos a matar, venimos a crear, a plantar. Si algo hay que destruir, es para edificar a Dios en todas las cosas. ¿Dónde encontrará la persona humana una acogida tan sincera y tan cordial como en el sacerdote de Dios? No tiene el hombre mejor amigo que el sacerdote. Sin ellos el **homo homini lupus** sería una realidad total.

Pero nuestro corazón —corazón en fin de cuentas de hombre angustiado— repite gozosamente: aunque no he venido a traer la paz, pero sí he venido a salvar lo que había perecido.

Para salvar eso que había parecido, o caminaba hacia la ruina, El puso su corazón a la par de nuestra angustia, **et cum hominibus conversatus est**, y vino a platicar con los hombres.

F. Codés.

